

causa le concede la misma corte y en las invitaciones del rey de Portugal cuyas cartas tiene y enseña (puesto que dije ya que el tal matrimonio coincide con dichos subsidios é invitaciones); que los expresados Arana, teniendo tales miras, plenamente justificadas por los elevados empleos que les confirió el héroe en sus expediciones, estimulen á la hija y parienta á tal union, léjos de oponerse á ella ó contrariarla, es lo que acostumbra suceder entre perfectos caballeros, y lo que entraba en todas las conveniencias de Colon y de los Arana al mismo tiempo.

No se olvide, para perfecta refutación de las ilusiones de los contrarios, que Colon se encontraba viudo, con un hijito de la primera mujer que podía premorirle, que podía quedar por consiguiente sin descendencia y herederos en los títulos y altos cargos que para sí y sus descendientes había solemnemente estipulado con los reyes de España, y que, hallándose en este caso, rehusara legitimarle por subsiguiente matrimonio á ese segundo hijo dado á luz por una jóven noble y de numerosa parentela en España, á ese hijo á quien amaba tanto por las preclaras dotes de inteligencia y corazón, es cosa por otra parte que tiene muchos puntos de increíble y monstruosa.

Si despues lo legitimó, si esos defectos que se refieren al origen eran para el canónigo Sanguineti, ó, á lo ménos, para sus amigos de la redacción del *Giornale Ligustico*, cosas entónces (en la época de Cristóbal Colon) «tan comunes, como dicen ellos, á toda clase de personas desde el rey al último vasallo» (1); si Colon, mediante la expresada legitimación, se había purificado ante Dios y los hombres, como al fin lo admite el canónigo Ángel Sanguineti, ¿qué significaban entónces (y nunca se notará bastante) aquellos inoportunos é imprudentes gemidos de su último codicilo por una falta que ya no existía (en el caso expuesto) que había sido noblemente enmendada, por una falta de ninguna importancia (siempre en el supuesto contrario), por la corrompida conducta de aquella época, aún antes de que se hubiese tan noblemente enmendado con el heroico medio del matrimonio? Esto es lo que no podrán explicar satisfactoriamente los mismos adversarios siguiendo el falso camino donde se han metido.

Por lo demas sabía muy bien el P. Spotorno que, desprestigiando á Fernando Colon, favorecía su propia causa, puesto que la importancia de las declaraciones se deduce de la cualidad del testigo; ó en otros términos, que las declaraciones ó los testigos se pesan pero no se cuentan, sobre todo hablando jurídicamente. Ya dije que nuestros adversarios, con su misma supuesta *debilidad de un momento*, rinden homenaje á la gran virtud del héroe, aunque involuntariamente, ya que aún ellos mismos comprenden que un concubinato repugna á la integridad de

(1) V. *Giornale Ligustico*, año 3.º, pág. 77-78.

vida y austeridad de costumbres del hombre inmortal. Esto sentado, ellos mismos se declaran á favor nuestro, aunque sin advertirlo: *Adolescens juxta viam suam*, etc., etc. Hablando en realidad de verdad habria comenzado algo tarde ciertas intrigas amorosas con que le condecoran ahora que está muerto ciertos hombres que se titulan amigos suyos. Sus enemigos le han respetado, á lo ménos en esto, así vivo como muerto.

El abogado Cornelio Desimoni está por lo demas en lo cierto cuando nos hace observar que el P. Spotorno no inventó esa inculpación; pero subiendo de uno á otro hasta á Nicolás Antonio, escritor del siglo xvii, por más que nuestro Desimoni asegure que Nicolás Antonio fué un sacerdote ó canónigo español muy erudito, muy reputado (*sic*), es indudable que afirmando el sacerdote un hecho del que no fué contemporáneo, ni casi contemporáneo, y sin sólidos argumentos en que apoyarlo, es indudable, repito, es evidente que no merece ninguna fé segun los principios de derecho y las más seguras reglas de crítica. Nicolás Antonio no tiene mayor peso en este asunto que el que tiene el canónigo Ángel Sanguineti y los que le siguen. Desimoni nos dice que el Conde se enfurece porque el P. Spotorno se atrevió á decir que doña Beatriz Enriquez, madre de don Fernando, era pobre, y de humilde esfera. Es verdad que Navarrete sostiene que era noble, prueba evidente de que no se entienden estos señores, ni siquiera acerca de la cualidad y condiciones de esa ilustre señora.

Maravillase despues nuestro Desimoni de que en concepto del señor Roselly «la modestie et la réserve de Beatrix sont des preuves implicites de la noblesse.» Si le place mejor, diréle yo que esta modestia y reserva son la prueba implícita de que es falso lo que le imputan; de no ser así, fuera necesario precisamente suponerla una mujer de una modestia, de una reserva y abnegación enteramente particular para callar, como siempre calló ante ciertos hechos, y devorar en silencio, como siempre había devorado, sus amarguras, repudio y completo abandono. Spotorno es injusto, continua Desimoni, «selon Mr. Roselly de maintenir toujours les opinions qu'il avait adoptées après un examen mûr.» Ya hemos visto cuan *mûr*, maduro, profundo, ha sido ese exámen: pero su injusticia no consiste precisamente en repetirlo cada vez que vuelve al mismo asunto, sino el tratarlo detenidamente y adrede, ampliarlo tanto más cuanto ménos fundamento tiene la imputación, de tal manera que al leerlo se siente uno muy á menudo tentado á repetirlo con Dante:

E tu perché ritorni á tanta noia?

Donde empero se muestra muy curioso nuestro Desimoni es precisamente en el sitio que nos suministra el medio verdaderamente heroico de respetar á don

Fernando, á saber: suprimir sin rodeos su obra; negar que don Fernando Colon haya escrito la vida del padre; de esta manera á lo ménos si no se salva algo, se salva todo; se libra á don Fernando del defecto de vanidad, mentira y falsedad por ambicion. ¡Parece imposible que se cometan tales yerros! Esto me hace recordar al salvaje que derriba un árbol para aliviarse de su peso, ó á ciertos pueblos bárbaros del extremo Oriente que, para curar á sus desgraciados hijos de ciertos defectos les ahogan. Y á fin de que no vaya á creer el lector que me chanco, hé aquí las mismas palabras de nuestro Desimoni: «Spotorno a plus le tort, suivant Mr. Roselly, d'avoir prononcé quelques phrases dures á l'adresse de Ferdinand Colomb..... Le fils de Colomb aurait mérité vraiment ces phrases dures (!), s'il était lui-même l'auteur en entier de la vie de son père (esto no tiene desperdicio) presque (continúa el adversante) Spotorno croyait alors avec tout le monde, qu'il en fût l'auteur.» Yo quisiera que el abogado señor Desimoni nos dijera qué hecho extraordinario, qué descubrimiento luminoso ha venido á probar que ahora es falso lo que entónces creían el P. Spotorno y todo el mundo. Se necesita algo más que la excentricidad á la americana de un americano por más ingenioso y espléndido que se quiera presentárnoslo, para echar por tierra la fé y los testimonios de todos los siglos, que nos precedieron acerca de la autenticidad del libro de don Fernando; excentricidad que debe relegarse al número de las de aquellos que en las obras de Homero ven la mano y la inteligencia de muchos individuos y no la de aquél solo cuyo nombre llevan. Cadenas necesitan, que no alas, ciertas imaginaciones bastante desenfrenadas; y Desimoni dice al contrario en otro lugar que la cuestion está todavía *sub judice*. Á mi me parece que nunca hubo tal cuestion.

Respecto á las frases duras que verdaderamente habria merecido don Fernando, en concepto de nuestro adversario, repito que no es culpa del hombre, que el mismo Desimoni confiesa haber sido «non seulement savant, mais pieux et doué de grandes vertus,» si no ha sido comprendido. Con no menor falacia sostiene nuestro Desimoni que Fernando habria merecido frases más duras aún, si hubiese sido hijo legítimo, «vu qu'il parle de sa prope naissance en termes équivoques, et peu decents.» Desearíamos saber del señor Desimoni cuáles son estos términos equivocados y poco decentes. Diciendo don Fernando de sí propio «siendo yo hijo de un padre tan ilustre» paréceme que emplea términos nada equivocados, ántes al contrario muy claros y muy nobles.

Pero, si se toma su modestia, delicadeza y suma reserva—cualidades que le valieron la admiracion del mismo Humboldt—por disimulo, cortedad, falta de todos los deberes y por presuncion ó altanería, entónces lo digo claramente, nos hemos salido de la cuestion. Desimoni está en completo error cuando opina que Fernando merece todavía frases más duras que las que le regaló el P. Spotorno,

por no decir nada de su parentesco con los Arana, y de su misma madre; puesto que escribiendo él la historia de su padre y de sus viajes, pero nó la propia ni la de sus parientes, y en una época en que tan pocas son las historias (y mejor diríamos aún) mancas é incompletas, como que hasta callaban de los comercios, industrias y haciendas de los pueblos, no deben ciertamente hacerse cargos á don Fernando, si no entera al público de sí mismo, de los suyos, ni, en una palabra, de semejante silencio. Pero el señor Roselly, continúa Desimoni, «no quiere semejante defensa,» la defensa que quisiera hacerse de don Fernando, privándole de la honra de historiador de su padre, y de su más ilustre empresa «qui donerait, prosigue Desimoni, á lui même le moyen de respecter Ferdinand.» Y á mi me parece que no admite esta defensa *jure meritoque*, y que esta manera de respetar á don Fernando no la quieren, con el señor conde Roselly, todos aquellos que tienen el juicio sano.

Otro eclesiástico á quien el señor Desimoni saca á la escena, no sé si con prudencia, es el profesor Pablo Rebuffo. Es cierto que fué un hombre excelente; pero respecto de Colon no tuvo siquiera una expresion acertada, y si no se le quiere calificar de detractor de Colon, al ménos lo fué de los genoveses, ó mejor de uno y otros, aunque involuntariamente, y por poco conocimiento del héroe y de las épocas.

Efectivamente, en la dedicatoria á la Comision para el monumento á Cristóbal Colon, con que está encabezada la vida del héroe del canónigo Ángel Sanguineti (Génova, 1846), se hallan estas terminantes palabras: «No se le atribuya (á Génova) á deshonor, si ni aún á su descubridor del Nuevo Mundo no ha levantado magnífico monumento de honor; porque se le habria abierto en el seno una llaga demasiado cruel recordando la memoria de Colon, en cuyo pecho parece haberse ocultado la virtud genovesa no para realzar nuestro decadente imperio, sino para ampliar y enriquecer los otros. Pero, si yo defiendo la conducta de los pasados hasta que se mantuvieron en verdadero dominio, no censuro por esto la honra de los descendientes.» El mismo señor Desimoni podrá decirnos si esto no es difamar á Colon. ¡Cómo! Se representa á Colon como enemigo de los genoveses, un nuevo Coriolano! Y á los genoveses que mal habrían podido fijar sus miradas en su imágen, sin experimentar indignacion, ó lo que es lo mismo, dicho en otros términos, sin sentir abrirseles en el pecho una llaga demasiado cruel! ¿Qué cosa puede decirse más inexacta y denigrante? Hé aquí á dónde llevan un celo improvisador y ciertas apologias inoportunas é imprudentes. Mucho mejor hubiese obrado Desimoni dejando en paz las cenizas del profesor Pablo Rebuffo, que haciendo esa mal entendida obra de caridad. Ni este se hubiese dejado inducir á ciertos yerros y despropósitos que redundan en desdoro de Colon y de los genoveses al mismo tiempo, si, mejor enterado de la vida de Colon y de las costumbres de

aquella época, se hubiese fijado á lo ménos en los elogios con que le ensalzaron por su sincero amor patrio, monseñor Giustiniani y Huberto Foglieta, contemporáneo, el primero, no muy distante de su época el segundo, quienes por ser genoveses y muy enterados de las cosas de su patria, estaban más en el caso de conocer sus intenciones y propósitos que el profesor Rebuffo, á quien todos hemos conocido. Efectivamente, ¿qué no dice Foglieta en sus elogios del héroe inmortal? ¡Con qué celo no alienta á los genoveses para que le levanten una estatua en Génova como testimonio público de reverencia y cariño!

Monseñor Agustin Giustiniani, obispo de Nebbio, en Córcega, es el tercero de aquellos á quienes cree defender nuestro contrincante. Escribió los Anales de la República Liguria y glosó y publicó en Génova en 1516 el Salterio Poliglota. Fue un prelado respetable y sabio; pero sin conocer los grandes méritos y las insignes empresas del héroe, así en el Salterio como en los Anales habló, como lo tengo dicho ya, de una manera inconveniente de su origen; por cuyo motivo Fernando Colon se resintió vivamente de ello, y tomando como buen hijo, la defensa de su padre, sostuvo que el prelado había incurrido en más de catorce falsedades en los breves apuntes que había publicado de la vida del gran navegante.

Estaba plenamente justificado el disgusto de don Fernando, pero como persona modesta y virtuosa que era, no se portó con soberbia ni altivez. En el escolio al salmo XVIII escribió monseñor Giustiniani que Colon era hijo de padres viles, *vilibus ortus parentibus*, y repitió esta misma acusacion en los Anales; y, en el capítulo 2.º de la vida que Fernando escribió, rechaza esa suposicion, denunciándole como falto de consideracion ó parcial y maligno paisano; porque, hablando, como dice, de una persona distinguida que honró tanto á la patria, cuyo cronista y escritor de sus historias se constituyó el mismo Giustiniani, aunque los padres del Almirante hubiesen sido personas viles, era más decente que hablara de su origen con aquellas palabras que otros autores en semejante caso usan diciendo: *humili loco, seu a parentibus pauperrimis ortus*. Hasta aquí Fernando. Tratándose de un padre tan distinguido me parece que el hijo habló con mucha discrecion.

Pero este resentimiento, segun se vé, no proviene de ambicion ó mal entendida soberbia, pues que los Colon eran ya bastante mal vistos en España por ser extranjeros, ó en otros términos, llevaban ya encima ese pecado de origen, sin que desde Génova el cronista Giustiniani les añadiera otro que debía hacerles más aborrecibles entre aquellos orgullosos españoles. Sábese con cuanta animosidad y acrimonia les eran disputados los títulos, los elevados empleos y emolumentos que les iban anejos, y que les pertenecian como hijos y herederos del héroe por aquella Corte ingrata y avara, sin que en mal hora llegara de Génova aquella recomendacion que tanto mal debía causarles, ya que de cosas pequeñas provienen á veces

grandes efectos. El célebre Tayllerand solia decir chanceándose que en el congreso de Viena le había ayudado más su cocinero que su elocuencia y habilidad diplomática. Gonzalo, el gran capitán, y Carmagnola podrían decir lo demas.

Volviendo á Giustiniani, no debía olvidar las más elementales conveniencias sociales, conveniencias que conocen muy bien los modernos genoveses, quienes bautizaron las chozas de los proletarios y de los obreros (que no son aún otros tantos Colon) por casas de los ménos acomodados por no darles otro nombre.

Dicese que celebrando Giustiniani las proezas del héroe, dejó escrito que si Colon hubiese vivido en la época de los griegos y romanos, le habrían levantado templos y altares. ¡Muy bien! pero tambien dijo Oviedo que era digno de que se le alzara en España una estatua de oro, y sin embargo nadie niega la parcialidad y envidia que manifestó dicho Oviedo para con el héroe; y Fernando Colon que era hombre perspicaz y que se hallaba en mejor estado que nosotros para saber los verdaderos propósitos de los dos ilustres escritores contemporáneos, se queja de la animosidad de entrambos, ó por lo ménos de la falta de consideracion de Giustiniani, que regaló al grande hombre un título tan inexacto como injurioso (segun las ideas de aquella época) para una persona distinguida, para un hombre recomendable por sus virtudes.

Si á estos ejemplos se añaden ahora, segun dice nuestro Desimoni, los de la parte más sabia de los eclesiásticos genoveses (lo que dudo mucho, y el *Pensiero Cattolico*, periódico, sabría decirle algo de esto) que participan de los errores del reverendo canónigo Ángel Sanguineti, ¿cómo se quiere que el conde Roselly, extranjero y apartado de nosotros, no diga que Cristóbal Colon no es suficientemente conocido en Génova; que Génova es «ennemie, qu' elle á été toujours froide vers lui, la mère de ses premiers détracteurs, inquiete de sa decouverte?» Hé aquí á dónde conducen las tonterías de esos que se titulan amigos y admiradores de Cristóbal Colon. Pero ¡vive Dios! que las alucinaciones de tres ó cuatro ilusos, que pretenden darse aires de apologistas y mentores, no son Génova, ni pueden hablar en nombre de Génova! Génova siente amor y admiracion por Cristóbal Colon, y los siente tambien la doble orilla donde á cada paso se levantan monumentos á la memoria del ilustre navegante en edificios públicos y privados.

No tengo tiempo ni voluntad para notar todas las demas inexactitudes y errores que se hallan así en la revista de Desimoni como en las prolijas notas con que su autor la adorna. En estos trabajos parece que se ha propuesto poner en ridículo y coger en frecuentes contradicciones al ilustre escritor frances, más bien que dar solucion al punto esencial de la cuestion que apenas toca como de paso. Yo no debo invadir el terreno del Conde, porque ha demostrado saber escribir y poder dar su merecido á sus detractores, como lo hará, si cree de su deber contestar tambien al señor Desimoni. Observo ademas que un escritor, cuyo celo por confe-